

GALILEO GALILEI, EL CREYENTE

POR MANUEL LORA-TAMAYO

Junto a los méritos en la observación astronómica, se valoran en Galileo fundamentalmente su aportación a la física y el establecimiento de un nuevo método en la creación científica. Koestler, a pesar de juzgarle sarcásticamente en un análisis negativo de las realizaciones que, según él, «se atribuye», lo ensalza a continuación como «fundador de la moderna ciencia de la dinámica, logro suficiente para alinearle entre los hombres que modelaron el destino humano». Pero sin referencia ahora a valoraciones científicas, los críticos sectarios consideran importante mostrar a Galileo ante la opinión pública general como «el hombre símbolo de la libertad científica en la lucha de la Ciencia contra la Iglesia», argumento de combate frente a ella. Esta casi exclusividad en la significación —por lo demás, incierta— que deja a un lado la obra científica del sabio para dar prioridad a la supuesta rebeldía es sólo de una minoría de historiadores, aunque suficientemente aireada por escritos de ensayistas tendentes a hacer pensar que Galileo era un revolucionario científico adversario de la Iglesia, y mantener el equívoco a través de los siglos. Nada más lejos de la realidad: Galileo era un firme creyente desde la infancia hasta su muerte, sin declinar siquiera durante los dramáticos episodios que le hizo padecer no la Iglesia, sino los que, por una cadena de errores, crearon con la condena una situación desdichada.

No ofrece duda que el ambiente familiar en el que se formó Galileo era católico. La ciudad de Pisa, donde nació, vivía esta religiosidad, y en ella sus padres, aunque venidos a menos económicamente, ocupaban una posición distinguida que apoya más la afirmación. En el período escolar recibió primariamente en un clima confesional las enseñanzas de una escuela pública de Florencia, a cuya población se había trasladado la familia, y después ingresó en el monasterio de Vallombroso ya como simple estudiante o como un joven hermano monje, de cuyo ingenio hace

elogios el padre abad. Su catolicismo de origen encontraría allí mayor oportunidad de reforzarse, aunque poco o nada se sabe de esto. Aprovechando la oportunidad del tratamiento de una oftalmía, es sabido que dispuso el padre no volver más al monasterio. Este hecho no hay que interpretarlo como un debilitamiento familiar en las creencias, sino, en el peor de los casos, como la resistencia que frecuentemente se encuentra en los padres cuando un hijo para el que se tienen otros alentadores proyectos demuestra alguna inclinación a la vida religiosa. No consta que esto fuera así, pero ello no va en mengua del catolicismo del padre que pudiera influir desfavorablemente en el hijo.

Díscolo, rebelde, despiadado polemista sí lo fue, pero no aparece ningún signo de desviación y habría de mantenerse así en su juventud, ya que, entre las relaciones sociales que él buscaba y cultivaba figuraron elevadas jerarquías de la Iglesia o familiares de ellos que, al protegerle y ayudarle, serían concedores de su fidelidad religiosa.

Junto a estas connotaciones destaca en él un culto a la amistad y una loable afectividad en sus relaciones familiares. Fue un buen hijo, que mantuvo el buen espíritu familiar en su preocupación por la madre en su viudez, y por los hermanos, a los que ayudó incluso a alguno de ellos en su poca discreta conducta. Fue también un buen padre que supo mantener el cariño de los hijos, dispersos después de su salida de Padua y cuando se había producido la amistosa separación de la mujer, Marina Gamba, junto a la que vivió irregularmente. Un puritanismo intransigente puede oponer al valor de estas afirmaciones la irregularidad de esos años vividos maritalmente; pero este hecho —ciertamente nada ejemplar— no es en rigor motivo suficiente para negar una fe que se exteriorizaba siempre con el vigor de todos sus actos, sin preocuparse de que el intelectualismo circundante pudiera volverle la espalda. Esta promiscuidad no fue en algunos personajes de la Iglesia obstáculo para la santidad. Los estados de conciencia son solamente de la intimidad de Dios.

Las hijas ingresaron en el monasterio de Arcetri para su educación y el hijo quedó, de común acuerdo y provisionalmente, junto a la madre; después fomentó sus estudios universitarios, y los testimonios de ellos, las cartas de la hija monja, y la admiración que revelan las declaraciones del hijo, demuestran que en la vida agitada que llevó su preocupación familiar no estuvo ausente. Pero

no bastan estas conjeturas para una afirmación plena de que Galileo era un buen creyente, un hombre de fe. Hay que recurrir a sus propios testimonios que así lo exteriorizan.

Es frecuente encontrar un ofrecimiento a Dios de sus trabajos para las que a El se confiaban. Al principio de su obra fundamental en el orden astronómico, «Sidereans Nuncijs», cuando enumera inicialmente los descubrimientos hechos, escribe: «*Todas estas cosas por mí observadas y descubiertas estos últimos días lo han sido gracias al antejo que yo he construido, después de haber sido iluminado por la gracia divina*». El conocía los antecedentes del antejo, pero se consideraba inventor de su realización última, notablemente mejorada respecto de los instrumentos anteriores. Los padres del Colegio, el matemático Clavius en cabeza de ellos por su autoridad, desconfiaban de la existencia de los planetas medicos, por dificultades en la observación; pero cuando habían conseguido al fin entreverlos y se interesaban por encontrar los períodos de sus revoluciones, que consideraban muy difícil y casi imposible, Galileo escribe a Vinta * el 1 de abril de 1612: «...*pero yo tengo gran esperanza de llegar a encontrarlos y definirlos; confío en que Dios bendito que me ha hecho gracia de estar solo para descubrir tanta nueva maravilla por Su mano, pueda concederme también que yo llegue además a encontrar el orden absoluto de sus revoluciones*». Dice que «*después de mia fatica veramente atlantica*»... «*me concede la fuerza de poder continuar muchas horas de la noche las observaciones, como ha hecho hasta aquí*»¹.

Increíble en un hombre de reacciones explosivas cuando polemiza sobre sus investigaciones, tenía habitualmente una excelente disposición de ánimo. Así se refleja en la carta escrita a su amigo monseñor Pietro Dini el 16 de febrero de 1615, refiriéndose a la que había dirigido a la Archiduquesa Cristina, que deseaba fuera conocida antes de que en el proceso previsible se tomara la decisión «*que a Dios pluguiera*». «*En cuanto a mí — escribe —, estoy tan*

* Abreviaturas de las citas:

E.N.: «Edición Nacional de opera de Galileo», dirigida por A. Favaro (2.ª ed., 1929-1939), 21 tomos en 20 vv.

M.G.: «Miscelanea galileana. Vita e opera de Galileo Galilei», Pio Paschini (3 vv.).

G.G.: «Galileo Galilei, 350 ans d'histoire (1633-1933)». Col. «Culture et Dialogue» (Desclee International, Tournai).

* Belisario Vinta era secretario del Gran Duque de Toscana.

¹ E.N., IV, 63.

bien edificado y dispuesto que me arrancarían un ojo para que no me escandalice (Mat. 18.9), antes que resistir a mis superiores sosteniendo contra ellos con perjuicio para el alma lo que me parece hoy cierto como si lo tocase con la mano»². Galileo decía tener la conciencia tranquila como católico y como científico, y en otra ocasión escribía, casi desesperado, que a veces sentía ganas de quemar todas sus obras, pero jamás le pasó por la cabeza volver la espalda a la fe.

En carta a un antiguo conocido francés, de origen toscano, Nicolás Fabre, que en 1603 le había escuchado unas conferencias y tratado en la tertulia de Pinelli en Padua, agradeciendo su interés cerca de las autoridades romanas y de los jueces que extremaron la severidad por la atenuación de la condena de 1633 escribía: «*Todo esto me aflige menos de lo que pudiera pensarse porque dispongo de dos fuentes de perpetuo consuelo: para empezar, el hecho de que en mis escritos no puede hallarse la menor sombra de irreverencia hacia la Santa Iglesia; en segundo lugar, mi propia conciencia que sólo yo conozco aquí en la tierra y Dios en el Cielo. El sabe muy bien que en esta causa que tantos sufrimientos me proporciona, y aunque han sido muchos los que han hablado con más conocimientos, no hay nadie, ni siquiera los padres de la Iglesia, que haya hablado con más fervor y devoción por la Iglesia que yo*»³.

Para Galileo existen dos libros fundamentales: la Sagrada Escritura y la Ciencia, ésta en cuanto que es «el libro del Cielo abierto a nuestros ojos»⁴. Esta misma idea es la de su carta al padre Benedetto Castelli** de 12 de diciembre de 1611: «*La Sagrada Escritura y la Naturaleza proceden igualmente del Verbo Divino, la primera como dictada por el Espíritu Santo, la segunda como ejecutora muy fiel de las órdenes de Dios.*» Es la misma idea del Concilio Vaticano II: «**La investigación metódica, en todos los dominios del saber, si sigue los dictados de la moral, no será nunca realmente opuesta a la fe; las realidades profanas y las de la fe encuentran su origen en el mismo Dios**» (Gaudium et Spes, n.º 36). Y el papa Juan Pablo II, permanente reivindicador de Galileo, decía en nombre de 1986 ante la Pontificia Academia de Ciencias, refiriéndose a Galileo: «**El mismo excluía una contradicción verdadera entre la ciencia**

² E.N., V. 295.

³ E.N., XIV. 215.

⁴ E.N., V. 329.

** Benedetto Castelli. Abate benedictino, que había sido discípulo de Galileo y le profesaba gran afecto.

y la fe, las dos provienen de la misma fuente y deben ser referidas a la Verdad primera.»

L. Geymonat, que estudia muy atentamente la personalidad de Galileo, matiza esta religiosidad: «Galileo procedía de un país católico y era católico, pero el problema religioso no constituía para él su último refugio; no tenía para él ningún sentido la prueba de la existencia de Dios ni la controversia entre una confesión cristiana y otra. A su vez, le interesaba al máximo grado, suscitando la más viva y sincera admiración, la potencia organizativa de la Iglesia Católica» ⁵. El no necesitaba plantearse el problema de Dios, en el que creía.

Pero era, además, un católico practicante. Las injustas restricciones a que fue sometido después de la condena de 1633 obligaban para satisfacer su deseo a solicitar un permiso especial que le permitiera salir de casa y asistir a los oficios de la Semana Santa; permiso concedido, pero prometiendo que no hablaría con nadie. Y en su retiro de Ancetri, perdida ya la visión, refugiaba su dolor en una invocación al Padre: «¡Ay de mí, Señor mío, vuestro amigo y servidor Galileo se ha quedado irremediablemente ciego durante estos últimos meses. Ese cielo, esa tierra, ese Universo que gracias a maravillosas observaciones y claras demostraciones he ampliado más de cien y de mil veces con respecto a los límites que le suponían los sabios de los siglos precedentes, a partir de ahora se reducirán para mí a un espacio poco mayor que el que ocupa mi persona» ⁶.

Para el cardenal König, antes primado de Viena, no es sólo fundador de una nueva ciencia, sino que es eminentemente representativo del pensamiento creyente en lo que ha sido, como en otras cosas, un pionero más; y para monseñor Paul Poupard, «además de científico genial, fue hombre de fe, aunque se conozca poco de estos sentimientos religiosos». Sin embargo, dice mucho a este efecto la carta de su hija Sor Celeste del 2 de junio de 1633 que es, sin duda, la epístola de un alma piadosa a otra alma en estado de vibrar con esa pureza de sentimiento en la honda consolación cristiana que procura ⁷:

«Muy querido Padre: Acabo de saber de improviso vuestra nueva prueba. Tengo una gran pena que me atraviesa el alma: qué horrible dolor que se haya tomado finalmente esta decisión. Es tan

⁵ L. Geymonat: «Galileo Galilei», p. 79 (Piccola Biblioteca Einaudi).

⁶ E.N., XII. 247.

⁷ G. G. ibid., Compard: «Galileo Galilei. 350 ans d'histoire», p. 12.

ofensiva para vuestra obra como para vuestra persona. Por el señor Geri he sabido esta noticia que me atormenta. No recibiendo ninguna carta de vos esta semana me inquietaba mucho porque veía en ese silencio el presagio de lo que ha ocurrido. Muy querido y venerado padre, es ahora el momento de poner a prueba esta virtud de prudencia que el Señor ha dado. Hay que soportar este golpe con la fuerza de alma que vuestro espíritu religioso y vuestra edad comportan. Ciertamente, por muchas experiencias, habéis aprendido a conocer la falsedad y la inestabilidad de todas las cosas de ese mundo malo. No hagáis demasiado caso de estas borrascas, sino más bien tened la esperanza de que se apaciguarán pronto y que se cambiarán las circunstancias que os serán favorables. Yo digo, a lo que me parece que se puede esperar, puesto que se ha manifestado la clemencia a vuestro favor al localizar vuestra detención en un lugar tan agradable. También me parece que se pueda esperar un cambio más conforme a vuestros deseos que a los míos. Que Dios quiera permitirlo si es lo mejor para nosotros. Os ruego, de todos modos, que continuéis procurándome el consuelo que me traen vuestras cartas. Procurad darme detalles sobre vuestra salud y sobre el estado de vuestra alma. Termino esta carta, pero continúo pensando en vos y en pedir al Señor que os conceda la paz y el consuelo. De San Mateo en Ancetri, el 2 de julio de vuestra afeccionada hija Sor Celeste. A mi Padre: Señor Galileo. Roma.»

El comportamiento de Galileo con las autoridades de la Iglesia Católica es admirado por los científicos católicos eminentes. El físico italiano A. Zichichi dice en una declaración de 1979: «Galileo, hombre de fe, se ha inclinado ante la Iglesia, la Iglesia que ha condenado a Juana de Arco a la hoguera y la ha cananizado después.» Y aboga nada menos que por su santidad. «Galileo ha inventado la ciencia; su santidad consiste en el hecho de que él, como hombre de fe, se ha inclinado ante la Iglesia: un gran gesto de humildad que podría, aún hoy, ser pedido a un científico católico que se hubiera anticipado a su tiempo por sus descubrimientos» (Béne G.G.)⁸.

Un reconocimiento pleno de la divinidad se encuentra en boca de Salvati* (Galileo) al final de la primera jornada del «Diálogo»:

⁸ Beni, G. G., ibíd.: «Galileo et les milieux scientifiques aujourd'hui», p. 254.

* Ficticio portavoz de Galileo en el debate con Sangredo y Simplicio en la importante obra de Galileo «Diálogo sobre los sistemas máximos del mundo».

«Yo concluyo, pues, que nuestro conocimiento —en cuanto a su método y la multitud de cosas comprendidas— está separado del conocimiento divino por un infinito intervalo; no lo desprecio, sin embargo, hasta el punto de decir que yo le considero como la nada; sino, al contrario, cuando reflexiono sobre tantas cosas grandemente maravillosas que los hombres han logrado y buscado y hecho, reconozco muy claramente que la inteligencia humana es una obra de Dios y una de las más excelentes» ⁹.

Merece ser destacada la elevada estimación que San José de Calasanz entonces padre Calasanz, aragonés, General de la Orden de los Escolapios, sentía por Galileo. Sánchez de la Cuesta (Nota Y. p. 156) copia de A. Canata («El educador católico según el espíritu de San José de Calasanz», Barcelona, 1925): «Mientras la envidia, la ignorancia y la malicia acusaban de hereje al sabio Galileo ante la Congregación de Roma, Calasanz daba permiso a Michellini (padre escolapio discípulo de Galileo) y a otros jóvenes del Instituto para que le acompañasen en su retiro de Ancetri, le ayudarán en sus investigaciones y acabarán de formarse a la luz de aquel prodigio de la ciencia y modelo de bondad.» Nunca le faltaron, en sus últimos días, dos padres escolapios que le ayudaron espiritualmente en el trance final.

Carta de Galileo Galilei a la Archiduquesa de Toscana ¹⁰

Galileo fue un exégeta de la Sagrada Escritura; al discurrir sobre ello hay que empezar por afirmar con el padre François Russo que él no era un teólogo, a pesar de que la lectura de la carta a Cristina de Lorena, Gran Duquesa de Toscana, podría hacernos pensar lo contrario. Según Dubarle, Castelli le preparó los textos patrísticos que profusamente se citan en ella, previamente elaborados por un padre predicador de los barnabitas. Advierte Russo que Galileo se ha ocupado de la exégesis de las Escrituras tan sólo en los pasajes que tienen relación con la astronomía, sobre todo en puntos referentes al Antiguo Testamento y principalmente al Génesis. La discusión no resta valor en este aspecto a su condición de creyente; el mismo autor le considera como un buen cristiano, cuidadoso de ser fiel a las enseñanzas de la Iglesia, pero las aprecia-

⁹ Vigar, G. G., *ibid.*: «Galileo et le culture de son temps», p. 148.

¹⁰ «Atheisme et Dialogue», F. Russo, pp. 152 v ss. (1980).

ciones que hace Galileo en la carta a la Archiduquesa en la que manifiesta su interpretación de la Escritura, en cuanto a la teoría de Copérnico que él defiende, ha suscitado críticas diversas. El texto de la carta, muy extenso para tal destinatario, es, sin embargo, un bello ejemplo de literatura epistolar. El contenido es claro para el objeto que persigue, aunque muy reiterativo en argumentos y proposiciones, que en algunos pasajes se hace fatigoso de leer. Dudo que la Archiduquesa la leyera íntegra. Dedicaremos a ella atención especial, porque constituye un compendio de su exégesis y un testimonio de su fe.

La carta es de 1615 y fue decidida por Galileo después de la información que Castelli hubo de darle sobre la reunión habida en Palacio, convocada por la augusta Señora, para conocer lo que hubiera de cierto en sus descubrimientos. Fue el colmo para la irritación que iba almacenando por los rumores que le llegaban de posibles herejías en la teoría de Copérnico que él defendía tesoneramente. Y así, de primera intención, escribe a Benedetto Castelli el 21 de diciembre de 1615 una extensa carta en la que expone sus puntos de vista sobre las relaciones de la Escritura con las ciencias de la naturaleza. Las ideas vertidas en ella son las que desarrolla ampliamente en la dirigida a la Archiduquesa, apoyadas en gran número de citas que, como se dice antes, le fueron suministradas por el propio Castelli. El mayor número de ellas, catorce, corresponde a «De Genesi ad literam» de San Agustín, y en un total de veintiuna no faltan tampoco referencias a San Jerónimo, Santo Tomás, San Dionisio, el Eclesiástico, etc. Así como la epístola a Castelli tuvo pronto gran difusión y fue enviada al padre Lorini¹¹, por lo que pudieran tener de temerarias y sospechosas numerosas proposiciones que se formulan en ella, aunque el censor reconoció que la doctrina en el fondo era católica. La difusión de la dirigida a la Archiduquesa fue muy limitada y no jugó papel en los procesos, publicándose por primera vez en 1636¹².

En los primeros párrafos de la carta se refiere a aquellos que no pudiendo negar la verdad de sus descubrimientos celestes, irritados por sus afirmaciones que los demás aceptan ahora sin inquietud, escribe: «*No concedería más atención a estos contradictores que a otros*

¹¹ Nicolo Lorine, dominico que, junto al miembro de la misma orden, Tomasso, promovió desde el púlpito el primer juicio contra Galileo.

¹² Russo. *ibíd.*, p. 158.

si no viera que estas nuevas calumnias y persecuciones no se limitan a la cuestión particular que yo he tratado. Ellas se extienden al extremo de cargarme con acusaciones que deben ser y son para mí más insoportables que la muerte.»

Se expresa así porque —como decíamos antes— circula entre rumores la especie de ser heréticas sus afirmaciones y dice: «*Dándose cuenta de que si me combaten solamente en el terreno filosófico costará trabajo confundirme, han protegido su erróneo razonamiento con el manto de una fingida religión y la autoridad de la Sagrada Escritura, aplicándolas con poca inteligencia a la refutación de argumentos que no han comprendido. Han llegado a pretender que mis proposiciones son contrarias a la Sagrada Escritura y, por consiguiente, condenables y heréticas.»*

Proclama su respeto, veneración y acatamiento a las afirmaciones de las autoridades de la Escritura, de los teólogos y los concilios, **«pero al mismo tiempo no creo que sea un error hablar cuando se tienen razones para pensar que algunos en su interés tratan de utilizarlas con un sentido distinto del que la Santa Iglesia las interpreta»**. Hay a continuación la afirmación solemne de rechazar no sólo los errores en que haya podido incurrir en cuestiones que afectan a la religión, sino que declara además no desear ninguna discusión, en el caso de que pudiera dar lugar a interpretaciones divergentes *«porque si en estas consideraciones alejadas de mi profesión personal surge algo que conduzca a los demás a alguna advertencia útil a la Santa Iglesia a propósito de una decisión sobre el sistema de Copérnico, deseo que se mantenga y obtenga de ella el provecho que las autoridades juzguen bueno; y de lo contrario que mis escritos sean desgarrados o quemados, pues no deseo obtener fruto alguno que me haga traicionar mi fidelidad a la fe católica»*.

Trae a contribución, argumentando por primera vez, y lo reiterará insistentemente, el tema del «sentido literal» de la Escritura. El motivo que se invoca para condenar la opinión de la movilidad de la Tierra y la inmovilidad del Sol es que en muchos pasajes de la Escritura se dice que el Sol se desplaza y que la Tierra permanece inmóvil y «como la Escritura no puede mentir ni errar, resultará por vía de consecuencia necesaria que será errónea y condenada la afirmación del que quisiera pretender que el Sol es inmóvil por sí mismo y que la Tierra es móvil». Y a propósito de las proposiciones que se dan en la Escritura agrega: «que fueron impuestas por el Espíritu Santo a los escritores sagrados para permitirles adaptarse a la capacidad de un pueblo vulgar, ignorante e iletrado; pero para

los que merecen ser separados del pueblo por su cultura, es necesario que los comentarios a estos textos desvelen el verdadero sentido y hagan aparecer las razones particulares por las que éste ha sido traducido por tales palabras; tal modo de ver es tan común a todos los teólogos, que es superfluo cualquier testimonio». Y en otro momento, recordando a San Jerónimo y a Santo Tomás, sostiene que «las Escrituras, para adaptarse a la comprensión del mayor número, dicen cosas que difieren mucho de la verdad absoluta en la expresión y en el sentido escueto de sus términos».

Por ello piensa que en el tratamiento de los problemas de la Naturaleza no se debería empezar invocando pasajes de la Escritura, que abortarían toda discusión, porque «la autoridad de ésta debe ser reputada conveniente y necesaria en la misma medida en que la sabiduría divina excede a todo juicio y competencia humana», pero si es sabido que Dios ha dejado el mundo a las disputas de los hombres (cita del Eclesiástico, cap. 3), «¿por qué con menosprecio de esta sentencia prohibirles filosofar libremente sobre las cosas del mundo y de la Naturaleza, como si los conociéramos ya de modo cierto y como si las hubiéramos explorado completamente?».

Galileo ha aportado razones y experimentos a sus argumentaciones y reacciona frente a los que no creen tener que refutarlos cuando opinaban lo contrario, por ser «la Teología reina de todas las ciencias». A este propósito puntualiza: «Ante todo temería algún equívoco si no se tiene cuidado de pensar en las virtudes que valen para dar a la Teología el título de reina. Este nombre puede merecerlo porque lo que enseña está demostrado y contenido en ella de un modo más excelente o porque trata de una materia que sobrepasa en dignidad a la de las demás ciencias y también porque sus enseñanzas utilizan medios más sublimes... Me parece que la preeminencia real no corresponde a la Teología más que en el segundo sentido; es decir, en razón a la sublimidad de su objeto y a la excelencia de sus enseñanzas sobre las revelaciones divinas que nos aportan conclusiones concernientes a la adquisición de la beatitud eterna que los hombres no pueden adquirir y valorar por otros medios. Si la Teología ocupada en las más elevadas contemplaciones divinas ocupa el tono soberano entre las ciencias en razón de esta dignidad no tiene que descender hasta las humildes especulaciones de las ciencias inferiores ni ocuparse de ellas porque no tiene relación con la beatitud.»

Nuevamente insiste sobre el sentido literal de la Escritura, reconociendo que allí donde el espíritu humano no permite llegar a una ciencia cierta y «es sólo una opinión y una creencia, conviene conformarse con él; pero en los demás casos, si se está seguro de los hechos, hay que descubrir el verdadero sentido de la Escritura que debe estar en perfecto acuerdo con un hecho demostrado, aunque las palabras por sí mismas puedan a primera vista tener un sentido diferente...». «Dos verdades no pueden contradecirse.» Es la doctrina más correcta y segura, que se encuentra expuesta en San Agustín. Para confirmar su tesis señala el hecho de que la Escritura expresa con dos imágenes diferentes un mismo concepto sobre un texto de ella. Y así ocurre cuando confronta a los astrónomos que declaran ser redonda la Tierra con la Escritura que la refiere como una lona:

«Pero se dirá, ¿no es contradecir a aquellos que atribuyen al cielo la forma de una esfera decir con nuestros libros santos, hablando de Dios, que ha extendido el cielo como una lona (Salmo 103, v. 2)? Estarán en contradicción si lo que pretenden es falso; ahora bien, la verdad está más bien del lado de Dios que habla, que del lado de la debilidad humana que conjetura. Si por casualidad nuestros contradictores pueden apoyar su sentir sobre pruebas tales que no sea posible dudar de su certeza, nosotros deberemos demostrar que cuando la Escritura compara el cielo con una lona, ello no contradice lo que haya de fundado en la verdad, en sus razones; de otro modo sería preciso ver una nueva contradicción en otro lugar en que la Escritura representa el cielo suspendido como en una bóveda.»

Sin embargo, por su parte, pretende armonizar y busca explicación en Copérnico al polémico pasaje de Josué, que en su interpretación literal contradecía la teoría copernicana. Pero él aduce en su carta que puede ser comprendido sin alterar la significación directa de las palabras de modo que el Sol, obedeciendo al mandato de Josué, se detuviera con el resultado de que la duración del día se prolongara.

En la concepción de Tolomeo, afirma que el efecto sería contrario, partiendo de que «teniendo lugar el movimiento del Sol de Occidente a Oriente, es decir, opuesto al movimiento del primer móvil que es de Oriente a Occidente y es la causa del día y de la noche, se comprende que si el movimiento verdadero y propio del Sol cesara, el día sería más corto y no más largo, y a la inversa, que si

se quisiera alargar el día sería necesario acelerar el movimiento del Sol; de suerte que si se quiere que el Sol permanezca un cierto tiempo en el horizonte en el mismo lugar sin declinar hacia Occidente convendría acelerar su movimiento al punto de que se manifeste como el movimiento del primer móvil, lo que representa acelerar 360 veces su movimiento habitual. Si, pues, Josué había tenido la intención de que sus palabras fueron tomadas en sentido propio, habría dicho al Sol que acelerara su movimiento de tal suerte que la atracción del primer móvil no le llevara hacia el ocaso».

Discurriendo sobre todo ello deduce que, situado en el sistema de Tolomeo, habría que interpretar las palabras de la Escritura en un sentido algo diferente que el que expresan. En cambio, el más conforme con él, según lo que se lee de Josué, podría interpretarse en el sentido de Copérnico, más aún —agrega— si se tienen en cuenta sus observaciones sobre las manchas solares, cuyas investigaciones propias también explica en su carta a la Archiduquesa.

Asimismo, hace ver a Su Alteza el poco cuidado de estos escritores sagrados para determinar lo que se debe creer de los accidentes celestes, citando a San Agustín, cuando respondía a sus hermanos que le planteaban la cuestión sobre la movilidad o la inmovilidad del cielo: *«A los cuales (los hermanos) respondo que conocer si es así o no es así demanda excesivo trabajo y razones agudas, y yo no tengo tiempo de emprender su estudio y exponer tales razones, ni tampoco ellos deben tenerlo. Sólo deseo instruirles en lo que atañe a su salvación y a la necesaria utilidad de la Santa Iglesia. Pero entiéndase bien que el nombre de firmamento no fuerza a creer que el cielo esté quieto.»*

Siempre en su misma línea declara «estar dispuesto a seguir enteramente la opinión de los sabios teólogos, si éstos examinan con el mayor cuidado las experiencias y las observaciones, los argumentos y las demostraciones de los filósofos y los astrónomos, ya en un sentido ya en otro». Entonces podrán con bastante seguridad determinar lo que las divinas inspiraciones le dictaren. Pero no sería admisible que puedan permitirse formular conclusiones sin un previo estudio muy atento de todos los argumentos en uno u otro sentido y sin estar seguros de la exactitud de los hechos.

Así se dice cuando un mismo texto ha dado lugar de parte de los Padres a interpretaciones diferentes: «No es combatir por el sentido de las divinas Escrituras, sino por nuestro propio sentido que-

rer que éste sea el de las Escrituras cuando, por el contrario, deberíamos querer que el sentido de las Escrituras fuera el nuestro» (Lib. I, cap. 18). Los Santos Padres, San Agustín sobre todo, son muy circunspectos y han dejado para nuestra instrucción las normas que cita Galileo tomadas del cap. 19, Libro I de «Genesi ad Litteram».

Galileo muestra su admiración por la prudencia del Santo cuando reproduce: «Si el contexto no repugna a lo que se puede concluir que el escritor sagrado ha querido que se comprenda quedará aún por investigar si no ha querido igualmente que se entienda otra cosa.» Y no creyendo haber llegado a una conclusión verdaderamente segura y satisfactoria, continúa: «Si encontramos que ha querido decir también la otra cosa no se sabe entonces cuál de las dos es; pero no es contrario a la razón pensar que ha querido que se comprendan ambas si las dos se apoyan igualmente en el resto del contexto.»

Justificando su modo de proceder al advertir de los peligros que correrían la Escritura y la Iglesia si aquéllos que, más cuidadosos de no desprenderse del error que de la dignidad de ésta quisieran extender su autoridad más allá de los propios términos añade el Santo:

«Sería muy vergonzoso, incluso pernicioso, y debe ser evitado por encima de todo que un infiel no pudiera contener la risa oyendo hablar a un cristiano de estas cosas como si se hablase según las Sagradas Escrituras y viéndole equivocarse en estas materias, como la distancia que separa el cielo de la tierra..., «cuando estos sabios infieles sorprendan a un cristiano en un error en materias que le son perfectamente conocidas y que ellos le ven afirmar lo que dicen como sacado de nuestros libros, ¿podrán creen en ellos cuando nos hablan de la resurrección de los muertos, de la esperanza de la vida eterna, del reino de los Cielos, viéndolos llenos de errores en cosas que ellos pueden conocer por experiencia o descubrir por números indiscutibles?». Y el mismo Santo explica lo que ofende esto a los Padres sabios y prudentes, causándoles pena y tristeza «cuando ven el modo de actuar de los cristianos presuntuosos que para sostener proposiciones que no han comprendido recurren a pasajes de la Escritura (Lib. I, cap. 19)».

Como conclusión de las normas que a Galileo le interesa extraer para el trato que debe darse a la teoría copernicana, hay

que subrayar la exégesis de la Escritura sobre la que acumula sus citas en la carta a la Archiduquesa, la exigencia de «ser muy prudentes en su interpretación y en especial en el tratamiento que se dé, cuando parecen oponerse las proposiciones de la Ciencia y las de la Escritura, sin dejarse influir por los puntos de vista del momento porque lo que se descarta hoy puede ser la verdad futura y sin perder de vista que los intérpretes de aquélla pueden equivocarse no captando el sentido que le ha dado el Autor. Ante un conocimiento científico cierto, antes de condenarlo habrá que aportar la prueba de que no está suficientemente demostrado, pero esto no es función de los que lo tienen por cierto, sino de aquellos que lo estiman falso. Y, en todo caso, ante un conocimiento científico cierto que es también don de Dios, precisa aplicarse a modificar en su caso el sentido de la Escritura en aquellos pasajes que parecen no concordar con el sentido natural».

Aún interrumpiendo la glosa de la carta, es bueno intercalar aquí como el mejor comentario las palabras de Juan Pablo II en su alocución a la Academia Pontificia de Ciencias en noviembre de 1979:

«Galileo ha formulado importantes normas de carácter epistemológico, indispensables para poner de acuerdo la Sagrada Escritura y la Ciencia. Introdujo el principio de una interpretación de los libros sagrados que va más allá del sentido literal, pero es conforme a la intención y al tipo de exposición propias de cada uno de ellos. Es necesario, como él afirma, que los sabios que la expongan muestren el verdadero sentido.»

En una parte de la extensa epístola a la Gran Duquesa, plantea una nueva reflexión, ahora sobre el Concilio de Trento, sugerida a Galileo por la carta de abril de 1615, del cardenal Belarmino* al carmelita napolitano Pablo Antonio Foscarini, que había hecho una apología del heliocentrismo y su compatibilidad con la Escritura en un escrito enviado al purpurado. Es particularmente interesante la invocación al Decreto del Concilio que prohíbe interpretar en un sentido contrario al de la Santa Iglesia o al del consenso común de los Padres, los pasajes que son de Fe o que conciernen a las costumbres o a la edificación de la doctrina cristiana: «Pero la movilidad o la estabilidad de la Tierra no es de Fe —escribe Galileo— y no afecta a las costumbres... y es bastante

* Cardenal Roberto Bellarmino, teólogo del Papa, consultor del Santo Oficio, antes profesor de «Contro versia» del Colegio Romano.

manifiesto que los decretos del Concilio son conformes con la posición de los Santos Padres en estas cuestiones particulares. Se hallan, en efecto, tan alejados de la intención de querer recibir como de fe tales conclusiones naturales o querer rechazarlas como erróneas que, refiriéndose a la intención primera de la Santa Iglesia, estiman (los teólogos) inútil tratar de establecer su certeza.»

Galileo insiste mucho en que las restricciones del Concilio de Trento no son aplicables a hechos naturales, a pesar de las consideraciones del cardenal Belarmino a Foscarini, sino como afirmadas por la Escritura. Para el padre A. M. Dubarle (O. P.), Galileo tiene pleno derecho a invocar la cláusula del Concilio de Trento y recuerda a este respecto «la mentalidad jurídica de la época en cuanto a que, siempre que no vaya contra el legislador, se deben limitar las situaciones onerosas y acrecentar las favorables, y no deducir de una prescripción especial (materia de fe y de moral) una prescripción general en toda materia» (p. 78).

Pero ante la opinión de Galileo sienta Dubarle correctamente lo que atañe a la cláusula del Concilio como se resume aquí:

«Hay una tutela legítima, necesaria aún para la fe. Esto es claro para un creyente, y los textos de San Agustín, citados por Galileo atestiguan que cuando una certeza de la razón se opone a una certeza de la fe no puede ser más que una certeza aparente que un examen más atento resolverá. Una probabilidad de la razón en oposición a la probabilidad de la fe, es decir, a una doctrina religiosa, que se refiere de modo solamente probable, pero no cierta, no puede ser para el creyente objeto de una adhesión sin reserva. La diferencia de valor entre las realidades puestas en juego de una y otra parte hace que el creyente preferirá eventualmente un riesgo de error en el dominio de la razón a un riesgo de error en el dominio de la fe. Es, pues, legítimo desde este punto de vista que la autoridad de la Iglesia manifieste su reserva ante teorías solamente probables y no ciertas, que arriesguen quizá alterar la fe o rechazar algún elemento» (p. 80)¹³ (P. Andrés Dubarle, *Rev. Scím. Philosophique et Theologique*, 1966, pp. 67-84).

Galileo está, sin duda, en la posición del creyente, y así se manifiesta en la carta a Dini que hemos citado antes, pero pide en su epístola a la Archiduquesa que en la cuestión del heliocentrismo

¹³ P. Andrés Dubarle, *Rev. Scím. Philosophique et Theologique*, 1966, pp. 67-84.

donde los sabios como los teólogos pueden, a títulos diversos, considerarse competentes, no se decida de manera unilateral. El no pretende imponerse, pero que no se le obligue a abandonarlo sin haber estudiado los pros y los contras. A pesar de todas sus invocaciones, es ya conocido que los teólogos la declararon formalmente herética.

La abjuración de Galileo

Es de esta ocasión una referencia a la sospecha fundada, aunque insidiosa, sobre la sinceridad de la abjuración de Galileo; fundada porque el hecho pugna con su temperamento para llegar a una declaración tan explícita y convincente; insidiosa porque no hay base alguna para suscitara. Con ella se pretende salpicar la religiosidad de Galileo. Un acto como el que se ejecutaba admite matices y gradaciones. El no ignoraba que si la autoridad del Santo Oficio exigía obediencia, su falibilidad no exigía convicción. Filippo Scorsci («El proceso di Galileo»), en un estudio sobre los procesos ¹⁴ anota que Galileo, dejando a un lado toda discusión acerca de la materia controvertida podría haber reducido el sentido de la abjuración a términos como éstos: «Si los jueces tienen razón, abjuro en el sentido escuchado; pero si están en el error, lo hago como un acto de disciplina», con lo que esto era un sencillo reconocimiento respecto de la autoridad y un sincero empeño de renunciar públicamente a sostener una doctrina que era sospechosa de herejía. Galileo no desconocía las limitaciones de las actuaciones seguidas, gracias al asesoramiento del embajador Nicolini y por la consulta íntima a algunos de los teólogos de su confianza conocía bien el alcance relativo de los decretos de las Congregaciones romanas y la competencia del Santo Oficio.

No hay que perder de vista que no hubo definición de infabilidad por parte de la Iglesia ni de su Magisterio superior, que obligara en conciencia a todos los fieles. El sistema de Tolomeo no ha sido definido nunca como objeto de fe católica y la tesis del sistema heliocéntrico tampoco ha sido declarada expresamente herética. Por otra parte, la afirmación de que ésta sea una realidad

¹⁴ M. G., p. 849.

fue ciertamente rechazada, pero podía seguir la discusión como hipótesis de trabajo astronómico-matemática ¹⁵.

Los componentes de la Congregación Suprema de la Inquisición, el Santo oficio, creada por Pablo IV en 1542, con jurisdicción en el mundo católico, se reclutaban entre los eclesiásticos de buen juicio y recta conciencia, aunque en sus intervenciones actuaran obviamente como hombres de su tiempo cuyas mentalidades no eran extrañas al empleo de la fuerza para defender la religión, propia de la baja Edad Media. No se les puede considerar como incursos en pecado por sus decisiones, que se inspiraban, ciertamente, en el objetivo superior de defender la fe: la Iglesia ha recibido de Dios una autoridad docente que es función permanente y una autoridad coercitiva que está obligada a ejercer en la medida que las circunstancias de lugar y de tiempo la hacen ineludible. Algunos santos, como san Raimundo de Peñafort, san Pedro Mártir, san Pío V, Gran Inquisidor éste, fueron miembros del Santo Oficio.

Respecto a la adjuración misma, para Maritain ¹⁶ hubo en los jueces un «abuso de poder», porque no tenían derecho a obligar a Galileo como si se tratara de una verdad de fe que imponía de manera infalible una renegación absoluta, jurando ante el Evangelio que «adjuraba, maldecía y detestaba» la herejía representada por esta doctrina. «En la sentencia de condenación —escribe aquél— se declaraba que la afirmación de Copérnico había sido definida contraria a las Sagradas Escrituras. Definida ¿por quién? ¿Por la Iglesia, por el Papa hablando ex cathedra...? De ningún modo. Definida por ellos solos, hombres falibles». Podrían en un juicio prudente hacer jurar a Galileo no propagar el heliocentrismo, pero no que lo tuviera por herético y contrario a las Sagradas Escrituras y que él lo detestaba y maldecía; la obediencia requerida hubiera sido normal entonces si se limitara a aceptar la prohibición de modo provisional, como una medida prudente hasta encontrar nuevas pruebas científicamente mejores, dando tiempo a que la reflexión sobre la separación de los fenómenos naturales de las Sagradas Escrituras pudieran irse imponiendo a los teólogos. Pero los jueces han abusado de la obediencia reli-

¹⁵ W. Brandmüller: «Atheisme et Dialogue», p. 137, 1980.

¹⁶ J. Maritain: «De l'Eglise du Christ, la personne de l'Eglise et son personnel. Desclée de Brouwar», 1970, pp. 345 y ss.

giosa pedida a Galileo. «Para decir las cosas tal como son y en concreto —escribe Maritain— ellos se han equivocado no ya en su cabeza y los juicios de su intelecto, sino en su psicología profunda y los reflejos de su inconsciente como en su comportamiento práctico, al ilusionarse con ellos mismos y sobre su posición (justamente debajo del Papa en el vértice de la jerarquía), como tomándose prácticamente por la Iglesia. El Santo Oficio creería que un decreto de condenación (obra del personal de la Iglesia actuando como causa propia) era un acto de la Iglesia misma (de la persona de la Iglesia)»¹⁷.

Así se discurre con mentalidad de hoy sobre unos principios que hace tres siglos no eran tampoco ignorados por Galileo; pero nada le hizo dudar. Cansado ya de la tortura moral que venía padeciendo sólo deseaba terminar lo antes posible con todo aquello, aún a costa del gran sacrificio intelectual que le suponía. La adjuración era una violencia a su intimidad en lucha entre la obediencia religiosa y su condición científica que le torturaban el espíritu. Es el testimonio de un creyente que piensa acaso en lo que podía comprometer a la unidad de la Iglesia una postura contraria a la que adoptaba. Escribiendo a Fabri dos años después, confiesa la tranquilidad de la buena conciencia que él siente en presencia de Dios «ante esta causa por la que sentía no haber podido actuar ni más píamente ni con mayor celo para con la Iglesia»¹⁸. La abjuración era sincera —como escribíamos al principio— y no hay pruebas en contra; sí, en cambio, el reconocimiento de que otra cosa estaría en contradicción con sus reiteradas manifestaciones de fe cristiana, más allá del sacrificio. En él lucharon la virtud teologal y la virtud del científico y venció aquélla.

«No se puede negar —escribe Soccorsi— que en ese sentimiento no sólo brilla una mente, sino que late un corazón, refulge una fe, hierve una voluntad: un hombre completo al que hay que estimar por su alto ingenio y por la magnífica virtud capaz del heroísmo. Tal fue Galileo.»

¹⁷ Maritain, *ibíd.*, p. 359.

¹⁸ M. G., p. 899.